

El curso de la narrativa o la narrativa de un curso

PEDRO CARRERO ERAS*

ORRESPONDE ahora hacer balance de lo que ha sido la novela española a lo largo del último curso académico, ese período de tiempo delimitado por las vacaciones veraniegas y que parece afectar más a los proyectos y realizaciones culturales que los términos del año natural. La perspectiva, sin embargo, es aún demasiado cercana e inmediata como para poder conocer el bosque a través de los árboles del análisis: quiere decir esto que este crítico evitará caer en simplificaciones fáciles sobre el curso de nuestra narrativa, al mismo tiempo que procurará huir tanto del triunfalismo frívolo como de las plañideras lamentaciones a las que somos tan proclives cuando se trata de hablar de las cosas de nuestro país. Siguiendo un hilo más o menos cronológico, que va desde las puertas del otoño pasado hasta las de este último verano, ofrecemos una referencia sobre aquellos libros más sobresalientes, lo que no quiere decir que en todos y cada uno de los casos se trate necesariamente de los mejores o más importantes, pues, sin duda alguna, la nómina de títulos y el comentario pueden y deben ampliarse. Una novela merece ser reseñada por su excelente valor lite-

rario —aunque sea escasa su incidencia en el público—, mientras que otra acapara nuestra atención precisamente por su enorme incidencia social, pese a que desde el punto de vista artístico sea susceptible de una crítica rigurosa y no siempre positiva. De todo parece haber en las crónicas de «La narración que nos lleva», que hemos publicado en los números anteriores de esta revista, y a las que inevitablemente deberemos referirnos.

Con sus limitaciones, este repaso ofrece la oportunidad de atar cabos sueltos o de aplicar el rastrillo a aquellas novelas que, por exigencias de tiempo, de gusto o de selección, no hemos tenido ocasión de analizar. Nuestra crónica, que habitualmente ofrece un análisis detallado sobre dos novelas actuales, pierde sin duda ahora en profundidad, pero gana en extensión y recuento. En cualquier caso, intentamos informar sobre los rasgos fundamentales de cada una de las obras, comentario que, para una mayor comprensión y claridad, aparece precedido de su número correspondiente. El que hace el número 5 abarca dos obras premiadas, de gran incidencia en el público, mientras que el último de la lista es una

Madrid, 1946. Profesor Literatura de la Universidad de Alcalá de Henares.

especie de cajón de sastre en el que se enumeran de forma fugaz varias novelas indudablemente interesantes para el crítico. Dos de ellas ya fueron comentadas en números anteriores y otras podrían ser abordadas despaciosamente en crónicas sucesivas.

1. En octubre aparece un libro de Miguel Delibes, *Castilla habla* (Eds. Destino), que, aunque no es narración pura, roza los límites del relato —casi más cercano a éste que a la crónica periodística—, sobre todo por lo que tiene de reflejo de un ambiente, de unos personajes y de un lenguaje coloquial tan en consonancia con los de sus novelas. Sirve, entre otros valores, para comprender la génesis de la documentación viva del escritor, ya sea armado de simple memoria, de cuaderno y bolígrafo o de magnetófono. Por sus páginas discurre un amplio, insólito y variopinto cortejo de personajes, rincones y paisajes castellanos, destacando la referencia a esos oficios al borde de la extinción total, como el del molinero o el de las oreanas del Sil, o el tema de la sequía o el de la despoblación. No es, sin embargo, una automoribundia de Castilla, pues con la soledad y el abandono se entremezcla la vitalidad de los habitantes de esos páramos (entre los que no faltan los jóvenes e ilustrados agricultores), su esfuerzo y sus esperanzas: por ejemplo, la que se deriva de la explotación a gran escala de nuevos cultivos, como el del girasol, o de la incorporación de España a la Comunidad Europea. En definitiva, podría decirse que hay más vida que muerte en esta Castilla de Miguel Delibes; entre otras cosas porque hasta los

personajes más inmersos en la marginación de los pueblos abandonados tienen —como tenía el señor Cayó— mucha vida que enseñarnos a los demás.

2. *La fuente de la edad* (Eds. Alfaguara), de Luis Mateo Diez, ha tardado en figurar en el cuadro de honor de los *best-sellers* —si nos fijamos en el que *ABC Literario* ofrece semanalmente—, pero desde el primer momento —y el libro se publicó también en octubre de 1986— ha contado con el justo fervor de los comentaristas, de ahí que haya obtenido el Premio de la Crítica de 1987. Se trata de una obra de gran calidad literaria, en la que confluyen las mejores influencias de nuestros mejores clásicos: Cervantes, Quevedo, Galdós, Valle-Inclán, sin olvidar la pintura de Goya y el cine de Luis Buñuel, tan perfumado este último por las esencias cervantinas y galdosianas. Mateo Diez no sólo es un importante escritor de lo que se está dando en llamar «renacimiento en todos los frentes de la literatura leonesa» (v. Antonio Colinas, en el número 487 de *ínsula*), sino que cabe situarlo ya en la cresta de la ola de los novelistas españoles de hoy. La localización de esta novela —la propia geografía urbana y rural leonesa— no deriva en fácil costumbrismo ni excluye valores universales. La cervantina pugna entre realidad y fantasía impregna todas sus páginas, y en especial la aventura que articula el argumento del libro: una esotérica agrupación de contertulios o cofrades, más aficionados al buen yantar y mejor beber que a las ciencias ocultas, sigue el rastro de una especie de fuente o manantial de la eterna juventud, al parecer descubrir-



Miguel Delibes.

to mucho antes por un canónigo vitalista y heterodoxo. La expedición no sólo es una huida de los estragos de la vejez, sino también una evasión del aplastante ambiente provinciano de los años cincuenta, sobre el que el novelista descarga su guasa a través de un estilo de impronta esperpéntica. Un hito importante en la novelística española que, desde Galdós y Clarín hasta Delibes y Torrente Ballester, describe con ingenioso ojo crítico la asfixia y la ramplonería de nuestras sociedades provincianas.

3. Juan Goytisolo ha sido siempre para mí un novelista desigual, sin duda por la causticidad que caracteriza el fondo y la música de su escritura. Consciente más que ninguno de sus limitaciones y de las nuestras (del lector y de la *tribu*, como cuando se refiere a los españoles y a sus normas de comportamiento), las páginas y los párrafos de sus libros son como una montaña rusa de depresiones y de cimas literarias. De todas formas, la lectura de una obra suya lo que menos produce es indiferencia, aunque a veces nos asalte el desaliento a lo largo de esos pasillos reiterativos formados por la angustia de sus obsesiones. En esa línea hay que inscribir *En los reinos de taifa* (Ed. Seix Barral), publicada en noviembre, especie de Memorias acrisoladas en la sinceridad más insólita, que siguen el camino abierto por *Coto vedado*. Como es sabido, el propio escritor es el que menos se salva de esa crítica que vierte sobre una España de derechas y de izquierdas, de nacionales y de rojos, de falangistas y comunistas. La sinceridad en carne viva de estas pági-

nas no se fundamenta exclusivamente en la confesión directa —no velada por insinuaciones o metáforas— que el autor hace sobre su condición sexual. Ese dato, aunque importante —pues todo está interrelacionado en el fondo de la condición humana y todo tiene que ver con el problema de la libertad—, no debe eliminar, en beneficio de una curiosidad morbosa, otros ingredientes muy valiosos del relato, como los que constituyen el entramado de su militancia política y de su actividad editorial y profesional. La experiencia es tan rica en personajes, anécdotas y extravagancias —tanto de la España del interior como de la España del exterior, y tanto de los políticos como de los escritores— que este relato autobiográfico de Goytisolo se convierte en un documento esencial para la reconstrucción histórica de esos años de penitencia. Y, por encima de todo, la agonía de quien busca a toda costa ser fiel a sí mismo —sexual, política y artísticamente—, tragedia inconclusa por imposible, expresada literariamente de una forma en la que no están ausentes el narcisismo y la altisonancia.

4. Sobre *El testimonio de Yarfoz* (Alianza Ed.), de Rafael Sánchez Ferlosio, también aparecido en noviembre, hemos ofrecido en el número 26 de esta revista un detallado comentario, al que nos remitimos y cuyas conclusiones sería ocioso repetir aquí. En todo caso, quizá proceda, en esta crónica general sobre la narrativa del último curso académico, insistir en la importancia de la obra, quizá la más valiosa —cuando menos, de estos últimos meses— si ordenamos el discurrir y la

historia de la literatura desde el punto de vista de la originalidad. En este sentido, el particular mundo de los pueblos barciales que se inventa el escritor, aunque se nutre de la Historia, de la Geografía, de la Arqueología, de la Filosofía y de otras disciplinas, las supera y se sitúa al margen gracias a una poderosa e imaginativa creación personal. La propia experiencia e hipersensibilidad del escritor y la mirada hacia dentro, es decir, la exploración de lo humano (de una condición humana no tan envilecida como en la historia real) son los recursos más importantes que configuran esa historia deseada. *El testimonio de Yarfoz* es, como siempre lo han sido los libros de Ferlosio, de lectura difícil y de exquisito nivel intelectual, condición que sin duda explica su ausencia de las listas de libros más vendidos.

5. Y puesto que nuestro repaso circula por los últimos meses del pasado año y los primeros del año en curso, y puesto que se habla de éxito de ventas, es de obligación referirse a los dos premios literarios de novela que suelen tener mayor resonancia pública: el Planeta y el Nadal. Como todo el mundo sabe, los de 1986 han recaído, respectivamente, en *No digas que fue un sueño*, de Terenci Moix, y *Balada de Caín*, de Manuel Vicent. A cada uno de ellos le hemos dedicado un amplio análisis en los números 27 y 28 de CUENTA Y RAZÓN. Nuestro juicio no ha sido, precisamente, muy risueño, quizá porque ante premios de una dimensión editorial y social como los citados se debe aplicar una severidad especialmente metódica. A diferencia del libro de

Ferlosio, las dos novelas galardonadas han alcanzado pronto los mejores puestos —especialmente la obra de Moix— en el cuadro de honor de los libros más solicitados. Todo tiene su explicación: *No digas que fue un sueño* está pensado, con certera intención comercial, como obra apta para ser devorada por un público de amplio espectro. Al margen de nuestras suspicacias críticas, que no vamos a repetir aquí, hay que reconocer la valentía y las exigibles dosis de dignidad literaria de Terenci Moix a la hora de tratar de forma tan extensa un asunto tan socorrido. No creo que esta obra añada mucho a la literatura española de los últimos tiempos, aunque sí deberá figurar con grandes cartelones y titulares en una cinemascópica *Historia del best-seller en España*, como uno de sus especímenes más genuinos. *Balada de Caín* encierra una mayor altura literaria y estilística —y traza, por consiguiente, el perfil de un lector más cualificado—, pero incurre en demasiados lugares comunes de filiación periodística, literaria y científica, con un resultado estructural excesivamente caótico.

6. En sólo cuatro años, el Premio Herralde de Novela ha adquirido un especial prestigio en nuestra república literaria. Se inició con la excelente obra de Alvaro Pombo *El héroe de las mansardas de Mansard*, hoy traducida a varios idiomas, y que nosotros tuvimos ocasión de comentar extensamente en un artículo de «La narración que nos lleva», en el número 17 de esta revista. La última edición de este premio ha recaído en la novela *El hombre sentimental* (Ed. Anagrama), de Ja-



Sánchez Ferlosio.

vier Marías, una conflictiva y decadente historia de amor protagonizada por un cantante de ópera. El argumento no excluye referencias a otros aspectos de los mecanismos del alma humana, como la ambición y el poder, representados en la figura del banquero Manur. Toda la estructura del relato se fundamenta en un discurso íntimo en primera persona, que afronta con nueva savia estilística y dominio del castellano el vidrioso argumento amatorio, más frágil y comprometido todavía en los tiempos que corren. La vida interior —es decir, los entresijos de todo el proceso amoroso— se combina hábilmente con referencias a lo externo; por ejemplo, a la propia sensualidad retratada en mil pormenores, a los detalles culturalistas del mundo de la ópera o a los aspectos humanos y urbanos de ese Madrid de terrazas, prostitutas de lujo y camiones de basura que arruinan las más exquisitas veladas, con lo que la anécdota compensa, en beneficio del interés narrativo, la carga subjetiva, pero siempre como telón de fondo y sin decaer en el costumbrismo. La conclusión desoladora y existencial —no exenta del recurso al suicidio— en la que inevitablemente naufragan las situaciones amorosas triangulares, tiene como contrapunto una sutil ironía que el autor descarga sobre personajes y situaciones, y particularmente sobre el León de Nápoles, la voz narrativa con la que se disfruta. Nos hallamos ante un escritor al que deberemos seguir de cerca, por lo interesante de lo aportado hasta ahora y porque obra en su haber un elenco apretado de novelas.

7. Con mayor extensión que la que nos permite este recuento de urgencia, quizá *analizaremos* en otro artículo la novela *Tánger-Bar* (Ed. Seix Barral), de Miguel Sánchez-Ostiz, un escritor de rara calidad literaria que en pocos años ha logrado un considerable prestigio en las letras españolas. Se trata de una obra de expresión intimista y lírica que gira en torno al problema —de indudables ecos proustianos, aunque los replantee y cuestione— de la recuperación del tiempo pasado. Este empeño —vendría a decirnos— está abocado al fracaso; entre otras cosas porque la memoria almacena falacias, subjetivismos y espejismos de todo tipo sobre personajes, hechos y lugares. La conclusión es aterradora, por lo que tiene de destrucción del recuerdo y la consiguiente soledad que se padece al final del proceso. No es sólo el pasado y su búsqueda, sino también el mecanismo de la memoria y sus limitaciones, lo que configura la estructura temática cardinal del libro. También este autor se apoya, como tantos otros de la narrativa española de hoy, en un relato de intriga cuyo desenlace, sin embargo, no ofrece mayores sorpresas y alicientes.

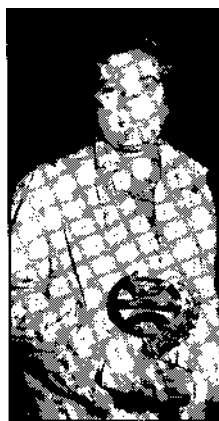
8. El último libro de Gonzalo Torrente Ballester, *Yo no soy yo, evidentemente* (Plaza & Janes Editores), que lleva fecha de marzo de este año, no parece añadir nada nuevo al resto de su obra reciente, y a temas como: *a)* la reflexión sobre el problema de la creación literaria; *b)* el enfrentamiento o superposición entre ficción y realidad; *c)* la configuración resbaladiza y proteica de los personajes literarios. De

nuevo se alude a un personaje —Uxío Preto— cuya entidad se desvanece, se pierde o se multiplica, y una vez más se recurre a un argumento de estructura y tono detectivescos que, sin embargo, no consigue atenuar la carga plúmbea de la que se resiente una novela tan voluminosa y pormenorizada. Pero se trata, en definitiva, de una obra que habrá que tener en cuenta dentro del importantísimo *corpus* del autor: éste es muy libre de insistir en sus propios motivos recurrentes, como tantos otros escritores que llevan hasta su tratamiento exhaustivo los temas más genuinos y peculiares de su discurso. A propósito de motivos recurrentes, quizá no esté de más remitir al lector a las observaciones de nuestro estudio (publicado en el número 18 de esta revista) sobre *Quizá nos lleva el viento al infinito*, novela infinitamente más gratificante y amena desde el punto de vista *narrativo* que el libro recientemente publicado.

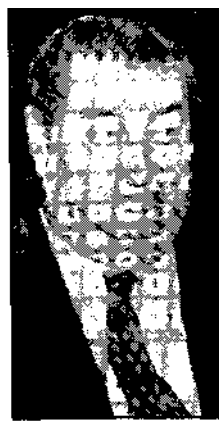
9. Otras novelas merecen figurar en la crónica de estos últimos meses, y a las que por razones diversas sólo podemos referirnos con brevedad. Ya dimos sobrada cuenta y razón en números anteriores de *Teniente Bravo* (Ed. Seix Barral), de Juan Marsé, y de *Decidnos, ¿quién mató al conde?* (Plaza & Janes Editores), de Néstor Luján. De la primera se debe destacar el relato que da nombre al libro, pieza que, a nuestro juicio, deberá figurar en una antología de las mejores narraciones breves contemporáneas. La novela de Néstor Luján es una divertida e ingeniosa recreación histórica basada en la misteriosa muerte del conde de

Villamediana. Es la obra de un escritor maduro y erudito, que sólo ahora se estrena en el campo de la narrativa. Sin mayores complicaciones, ni formales —aunque reproduce con acierto expresiones y ambientes del Siglo de Oro— ni de contenido, es obra idónea para un público amplio y no resulta extraño su éxito entre los libros más solicitados.

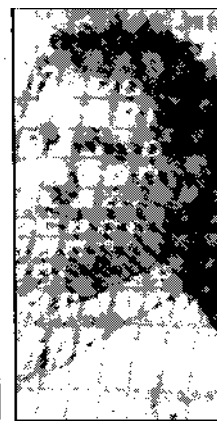
Por lo demás, de los novelistas jóvenes —y con la promesa de dedicarnos especial y sosegadamente a ellos en uno o más artículos— hay que subrayar el éxito y la calidad desiguales de autores como Antonio Muñoz Molina, con *El invierno en Lisboa* (Ed. Seix Barral); Ignacio Martínez de Pisón, con *Antbfagasta* (Ed. Anagrama); Pedro Molina Temboury, con *Balleñas* (Ed. Alfaguara), y Alicia Giménez Bartlett, con *Pájaros de oro* (Ed. Montesinos). De los menos jóvenes, y comprometiéndonos también a una mayor dedicación, no podemos silenciar el excepcional relato de Fernando Arrabal, titulado *La Virgen roja* (Ed. Seix Barral), y la no menos interesante novela de Raúl Guerra Garrido titu-



Juan Marsé.



Néstor Luján.



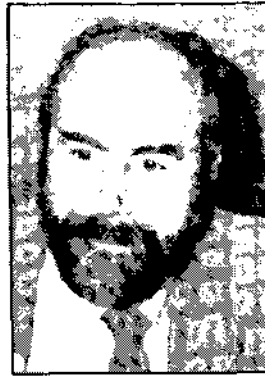
Martínez de Pisón.



Fernando Arrabal.



A. Muñoz Molina



Guerra Garrido.

lada *El mar es una buena novela* (Ed. Mondadori España).

Consideración final.—Insisto en que no deseo caer en la tentación de preguntarme sobre la situación concreta y definida de la narrativa española en estos momentos, ni mucho menos emitir un juicio categórico de valor. Para este tipo de compromisos hay que esperar a la mayor perspectiva y el horizonte más amplio que sólo ofrece el paso del tiempo (no está de más dejar que repose el libro en las estanterías, como el vino nuevo en los viejos odres). Si en opinión de algunos el momento no es bueno, o más bien es lamentable, por lo que se entregan al ensayo o a los *best-sellers* extranjeros (sobre la narrativa extranjera en punta y más cotizada, algo querríamos decir también en un futuro inmediato), para este crítico, y a tenor de la crónica expuesta, es un hecho que la narrativa española pervive, al menos, con cierta vitalidad, tanto por obra y gracia de los viejos autores consagrados como por el ímpetu de los nuevos y casi desconocidos, y pese a las reiteraciones machaconas de aquéllos como a los defectos, atrevimientos e ingenuidades de éstos. Unos y

otros bucean —sin novedades estilísticas revolucionarias— por el mar proceloso de los eternos recursos: novela de intriga, novela histórica, novela sentimental, búsqueda del tiempo perdido por los hemisferios traidores de la memoria, ironía y sátira vertidas sobre nuestra sociedad provinciana, reconstrucción de los años grises de nuestra posguerra, búsqueda de nuestras esencias, problema borgiano de la creación literaria, etc. En esas condiciones, la inspiración del novelista se sofoca o se sublima bajo un sol cada vez más viejo y entre las cuatro paredes de un mundo demasiado estrecho y archisabido. En última instancia, corresponde al lector inteligente separar el trigo de la cizaña, dejándose llevar por la narración que más plenamente responda a sus exigencias.